

El presente número de la revista *rita\_* supone, para el Campus Creativo de la Universidad Andrés Bello, dos novedades interesantes. Por un lado, el editor invitado es Juan Paulo Alarcón, director de la Carrera de Arquitectura en la sede de Viña del Mar de nuestra facultad. Este solo hecho debería bastar para atraer nuestra atención como comunidad académica, e interesarnos en su contenido.

Pero también parece relevante el tema que él ha escogido, esta mirada reflexiva sobre la arquitectura popular e informal, y más particularmente sus frecuentes lazos con la disciplina y con los profesionales que mejor la encarnan. Ambas cosas no están, obviamente, separadas, el editor y el tema que él escoge. Son indisociables, y la decisión que ello supone habla de una preocupación por entender la obra desde una cierta humildad, de una búsqueda más allá de los parámetros que nosotros mismos nos hemos dado para distinguir lo bueno de lo malo, lo correcto de lo incorrecto, lo que se ajusta a las reglas del juego y lo que no. Que un editor decida responder a una invitación como esta mirando, si se quiere, no al núcleo de la disciplina sino fuera de ella –o al menos a sus márgenes–, pone el tono de la discusión en un terreno que creo que como facultad nos interpela. Esa es, es bueno recordarlo, la promesa que el Campus Creativo plantea: la exploración de los cruces, las interacciones, las interdisciplinas, ese terreno aún incierto en los límites de lo que creemos saber sobre las cosas.

Imposible no evocar, cuando se habla de esto, la magistral película *Mi Tío* (1958), del francés Jacques Tati. En ella, como sabemos, se contraponen dos formas de entender el espacio, la arquitectura, y sus relaciones con el barrio: por un lado, la de la ciudad tradicional, con su alegre, caótica y cálida acumulación de personas, edificios, eriazos y funciones y, por otro, aquella fría y rígida que viene de la obra moderna que, en vez de acoger la forma de vida del usuario, más bien se la impone. Si para la casa moderna su relación con el “afuera” está dada por el geométrico jardín, para la casa del tío ese “afuera” es la plaza del mercado, la feria, la taberna. Vale la pena mirar de nuevo la escena en que el señor Hulot sube a su departamento, con el espectador mirando la circulación de ese edificio en elevación, viéndolo serpentear y zigzaguear por ese recorrido vertical que escapa a todo parámetro. Un estudiante de arquitectura debería, como parte de su formación, dedicar tiempo a revisar la magistral escena del almuerzo en la Villa Arpel, con las visitas intentando desplazarse por su incómodo e immaculado paisajismo formalista, mientras la dueña de la casa le repite a todo el que quiera oír que la máxima de esa vivienda es que en ella *tout communique* –todo está comunicado–. Arquitectura vernácula versus arquitectura de autor: por supuesto, hay aquí ironía y crítica, pero sobre todo hay un recordatorio de que en el mundo hay lecciones aprendidas a lo largo de los siglos que no es bueno olvidar.

De entre los temas que este número plantea, no quisiera pasar por alto la entrevista a Germán del Sol. Él encarna, probablemente, lo mejor que este vínculo entre trabajo profesional y mundo vernáculo puede ofrecer. Así, una buena introducción a esta edición y a esa entrevista se encuentra en unas palabras suyas en homenaje a Jorge Elton, escritas en 2006, el mismo año que recibe el Premio Nacional de Arquitectura:

“Al hotel Antumal en Pucón  
se entra pegado al suelo de roca,  
y se sale volando por la losa hacia el lago.  
Se suma así la tradición mapuche,  
con la arquitectura moderna.  
Porque ser moderno es también entender,  
como San Agustín, que sólo hay  
un tiempo que contiene todo aquello  
que está presente ahora”<sup>1</sup>.

DOI  
10.24192/2386-7027(2020)(v14)(000)

<sup>1</sup> DEL SOL, Germán. “A Jorge Elton”, 2006, en <http://germandelsol.blogspot.com/2006/07/>